

ANGELA

Cuando sonó el timbre, avisando del recreo, todos los niños salieron ordenadamente de sus respectivas clases. Todos menos Ángela que seguía sentada en su pupitre con la mirada perdida. Antonio, su profesor barbudo y campechano, no se había percatado de su presencia ya que estaba consultando los mensajes de WhatsApp de sus contactos. Uno de ellos le hizo tanta gracia que soltó una sonora carcajada.

Ese ruido invadió el silencio del aula y sacó a Ángela de su ensimismamiento. Al mismo tiempo Antonio se percató de su presencia. Se levantó de la silla y fue hacia su pupitre sentándose a su lado.

Le caía especialmente bien esa alumna. No se podía decir que fuera guapa pero tenía una cara muy simpática. Buena estudiante, atendía toda la clase sin distraerse. A sus catorce años estaba en esa etapa de transición de la niñez a la adolescencia.

-¿Qué te ocurre Ángela, te encuentras bien, te duele algo?-

Ella lo miró y se echó a llorar desconsoladamente. Sus lágrimas resbalaban por sus mejillas y caían sobre el pupitre. Antonio trató de calmarla acariciando su cabeza y tomando su mano luego. Entonces ella, con palabras entrecortadas, le dijo que el mundo era una mierda, (típica frase de los adolescentes). Tras una corta pausa y al fin dejando de llorar se levantó y abandonó la clase. Su profe la siguió con la mirada y cuando estaba a punto de salir por la puerta le dijo –estoy aquí para lo que necesites. No sé qué te ha pasado pero sea lo que sea tendrá solución. Volverás a tu mundo maravilloso, Ángela, te lo aseguro-. Ella se volvió y lo miró seria para luego abandonar el aula definitivamente.

Se quedó pensativo hasta que el sonido del timbre lo volvió a la realidad. Sus alumnos regresaban a la clase después del recreo. Sin embargo Ángela

no volvió y cuando preguntó por ella a sus compañeros nadie pudo o supo decirle donde había ido.

Esa noche Antonio no durmió bien pensando en ella. ¿Qué le habría sucedido para reaccionar de ese modo? Había llamado a casa de sus padres con la excusa absurda de que necesitaba hablar con ella sobre algo relacionado con un trabajo de clase. Le dijeron que les había pedido permiso para quedarse, esa noche, en casa de una compañera. Él no quiso contarles nada sobre el incidente de la mañana para no preocuparlos y tampoco inmiscuirse demasiado en la vida de Ángela. La adolescencia es una etapa de la vida especialmente delicada, donde cualquier detalle por insignificante que nos parezca a nosotros, para el adolescente afectado se convierte en un problema irresoluble.

Hasta las seis de la mañana estuvo dando vueltas en la cama el profesor barbudo. Apenas una hora más tarde la alarma del móvil lo sacó de un tenso sueño.

A esa misma hora Ángela se despertaba con el corazón latiéndole apresuradamente. Había tenido una pesadilla. Su amiga, con la que había pasado la noche, dormía a su lado plácidamente. Miró la hora en el móvil y se dirigió hacia el baño.

Allí, sentada en la taza del wáter, reflexionó sobre lo que le había sucedido en las últimas horas.

Irene, la madre de Ángela, todavía en la cama junto a su marido daba vueltas sin poder conciliar el sueño. En su mente seguía grabada la imagen de ella desnuda mientras su compañero del trabajo, David, la acariciaba lentamente. Todavía se preguntaba cómo había llegado a esa situación. Ella quería a su marido o por lo menos eso pensaba. Aunque hacía ya más de un año que en el terreno sexual sus relaciones dejaban mucho que desear. David era un tipo normal, ni guapo ni feo, pero muy simpático y con el que había entablado una profunda amistad. Pero esa relación de amistad hacía dos noches que había pasado a ser una cosa más seria. Ella todavía no sabía si catalogarla como una aventura sin importancia o como algo más duradero. David también estaba casado y tenía un único hijo, al

igual que ella, que solo tenía una hija. Cuando aquel día salieron del hotel por la mañana, él le dio un beso apasionado y le susurró al oído un te quiero. Ella le había dicho a Juan Luis, su marido, que esa noche después de la cena con sus compañeros de la empresa se quedaría a dormir con Ana que vivía justo al lado de donde se iban a reunir.

Mientras ellos se besaban apasionadamente en la puerta del hotel, en el que habían pasado la noche, Oscar, el hijo de David, los sorprendía desde una cafetería en la acera de enfrente, sin que ellos se percataran abstraídos como estaban en su romántico encuentro.

Cuando Ángela, ese mismo día, llegó puntual como siempre a la cafetería, se encontró con un Oscar diferente al que ella estaba acostumbrada. La besó fríamente y le dijo, este mundo es una mierda.

FIN

NOMBRE: Adolfo Rodríguez Sánchez

CORREO: adolfosies@hotmail.com

ASOCIACIÓN: Sagrada Familia de Granada